

# Nociones de química

**R**uth conoció a su marido a través de Parship, una agencia para encontrar pareja a través de internet. Se gustaron en la primera cita, tras varios meses de encuentros fallidos con los candidatos que les ofrecía la agencia a medida que iban rellenando cuestionarios. Durante seis meses mantuvieron su relación en secreto, como si fuera clandestina. El principal problema radicaba en que tenían una mala respuesta para esa primera pregunta que se les hace a las parejas: "¿Cómo os conocisteis?" Ruth y Andrés, de mutuo acuerdo, inventaron una coartada y, dos meses después de conocerse, acudieron a una fiesta por separado. Allí simularon ser dos completos desconocidos que se gustaron.

La idea moderna del amor ha ido ligada a la del encuentro. A esa milésima posibilidad existente de que dos individuos se conozcan, se gusten, se entiendan y se quieran. ¿Por qué ellos dos, y no otros? Cuán distintas serían sus vidas si no hubieran estado allí, si no hubieran recorrido esa calle o entrado en aquel restaurante. Si la coincidencia no hubiera puesto una alfombra para que desfilara



DIARIO  
JOANA BONET

**ACUDIERON A una fiesta por separado; allí simularon ser dos desconocidos que se gustaron**

su deseo. El factor del azar parece indisoluble en la biografía de una pareja, pero en el fondo acaba siendo una anécdota que se va empequeñeciendo a medida que pasa el tiempo. Dicen que una gran parte de las parejas se conocen en las bodas de otras. Los lugares de trabajo, los clubs o los gimnasios son espacios propicios para juntar a la gente, además de internet. El problema siempre surge cuando se borra la huella de la primera vez.

Mr. Wrong parece orgulloso de que nuestro encuentro fuera fortuito, al atardecer, cuando la arena se enfría como un trapo mojado. Y nos recreamos en ese factor mágico que acompaña los sentimientos más elevados. Dice que siempre deseó pasar la mano por la cabeza de un pelo corto y azabachado como el mío. Estos días hemos hablado de química, y de sus fórmulas más caprichosas. Somos dos enfermos que nos hemos inventado una idea de lo que queremos que sea el otro, y nos resistimos a trazar un plan de viabilidad para despertar de esta pasión. Aún no hemos topado con los defectos ni con los silencios. Tampoco hemos titulado nuestra historia y, afortunadamente, evitamos

llamarnos cariño, gordi, flaco, churri, princesa, cuca, baby o chati. Él me llama por mi nombre y apellido: Dolores Braun. Lo pronuncia lentamente, abriendo las vocales, como si Braun y Wrong fueran un solo nombre. Vamos relatando los fragmentos de nuestra biografía como canciones dedicadas, callando lo que aún no somos capaces de contar porque no queremos invitar al rechazo a nuestro coto privado, demarcado por la delgada línea que separa la realidad de la ficción, tan delicado como un jarrón de Limoges. Cuando se duerme, siempre antes que yo, siento que se va aproximando una nube negra capaz de romper la porcelana en mil pedazos. La voz del coro. Ese lugar claroscuro, ubicado en el pasado, del cual no podemos escapar. Entonces abrazo su espalda, cierro los ojos y apago el ventilador porque no soporto dormir con corrientes de aire. Mañana me despediré de la isla y emprenderé el viaje de vuelta hasta Zahara de los Atunes. St. Barthe-Pointe à Pitre-Paris-Madrid-Jerez. No nos hemos pedido nada. Aún. Puede que queramos averiguar si la ausencia duele. A las cinco de la madrugada Mr. Wrong ha puesto en marcha el ventilador.